



Las hijas del terror

Rocío Silva Santisteban

Desde 1980 y durante el transcurso de la guerra interna en el Perú las mujeres fueron violadas y violentadas por el personal militar cuando, muchas veces sin motivo alguno, fueron acusadas de terroristas. De la misma manera los miembros de Sendero Luminoso y del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru secuestraron a muchas jóvenes bajo el pretexto de la militancia guerrillera pero con la finalidad última de convertirlas en esclavas sexuales. Por ambos lados las mujeres fueron sometidas, humilladas, doblegadas, oprimidas y avasalladas. ¿Por qué? Porque el cuerpo de la mujer, desde los primeros enfrentamientos humanos, ha sido motivo de caza, de pelea, de discusión pero, sobre todo, botín de guerra y ensañamiento con el enemigo.

Este libro es una versión de parte de los años del terror: un intento por poetizar el miedo, el dolor, la indiferencia y la crueldad. No puedo hablar "en vez de" las mujeres que sobre sus cuerpos llevan la marca del sometimiento y de la humillación. Trato de acercar mi palabra, en la medida de mis posibilidades y limitaciones, a las huellas que sus cuerpos dolientes han dejado sobre todas nosotras y nosotros, huellas que con increíble autoritarismo monologante la ciudad letrada se ha negado la mayoría de las veces siquiera a mirar.

Es imprescindible volver a gritar que *lo personal es político* para entender el proceso perverso del sometimiento durante los años del terror y el rol que todos cumplimos en él. Pero, a su vez, es bueno recordar lo que la poeta Adrienne Rich escribió sobre Marie Curie, y que cito de memoria y mal por estricta conveniencia: "la fuente de sus heridas era la fuente de su poder..."

para Sol y Chloë,
porque vendrán
mejores tiempos para las hijas

*ve lo que has hecho de mí
la madre que devora a sus crías*

Blanca Varela

Lo que no me destruye me fortalece
(Nietzsche)

para Giancarlo

No quiero morir
sólo descansar
permanecer suspendida como una nube
flotar y dormir
arder y perder la forma
como un gas evanescerme
a lo largo de un extenso territorio
fugar del cuerpo
extenderme hasta llegar al lugar del vacío
el impenetrable
la zona tarkovskiana
el castillo de naipes

No quiero morir
sólo hacerme daño
un vidrio una estaca un punzón
cualquier cosa que me agreda un poco
algunos tajos cerca del talón
una *gillette* como un pincel
la paleta empapada de rojo
la nariz también enrojecida
endurecerme
una roca maciza
un monolito de carne.

Chunniqwasi
(¿qué hay dentro de las casas?)

para Natalia y Sandro

Una sombra renegrida. Restos de alas.
Desechos.
La marca de un hachazo cortando desde lo alto
un cráneo vivo.
Llanto de viejos y llanto de niños.
Un olor a abandono y a sobaco.

El rastro de una metralla.
Hormigas trituradas bajo una bota negra.
Gusanos blancos, arrastrándose por los muros,
lamiendo los restos.
Vestigios. Lamentos.

A veces el olor dulce de una retama que nace del
tapial.
Un rumor de gases concentrados debajo de la
tierra.
Matorrales y hormigas gigantes. Soledad.

Pirkas regadas por ambos lados del camino.
Las huellas del fogón donde la mujer humeó su
sombrero al encender la leña
donde preparaba chochoca y decía, alalai,
y seguía moviendo la cuchara de palo.

Sangre negra, dura, pegoteada al barro,
salpicada
por aquí y por allá.
El río lamiendo las piedras.
Huellas de botas corriendo a la vera del camino
mientras pasa uno detrás de otro
el convoy de la guerra.

Huérfanas de la Violencia
(lamento andino)

En el cuarto a oscuras
apago la luz y quiero gritar:
regresa
sin condiciones ni blasfemias, regresa,
yo veo cómo te alejas
y mis manos demasiado entreabiertas, regresa,
y demasiado cansadas y solas y en aura
y mis pies ya en camino y mi tiempo establecido,
regresa
que ya acabo con todo de una vez y mi sangre
como aquella estación propicia, regresa, regresa,
regresa
cueste lo que me cueste.

Desaparecidas

¿Has visto el cadáver?
¿rozaron tus dedos su piel de mandarina?
¿recogiste su ropita?
¿santiguaste sus cicatrices?

¿intentaste lo imposible
besarla, besarla para que vuelva a la vida?

qué afortunada eres
ay, Mamacha de los Dolores,
siete veces atravesada por el mismo sufrimiento
qué suerte tienes

saber que no existe
sepultar la duda

no como yo que deambulo con este sombrero
vamos por acá, a la oficina,
luego p'allá, a la prefectura y a la comisaría,
diciendo no, que no, que no, diciendo
que son mentiras y puritas mentiras

mi pequeña una mentira
mi viento mi frente mi vientre puras mentiras.

BAvioLADA

Hoy la vi, fue casualidad
estaba en el bar, me miró al pasar
yo le sonreí y le quise hablar
me pidió que no

no, no, suéltame, déjame en paz
estás borracho

¿quién eres tú para hablarme así, perra?

que otra vez será, que otra vez será
tierno amanecer, sé que nunca más

aquí el que manda soy yo

como olvidar su pelo, como olvidar su aroma

como olvidar ese olor que sube por mi cuerpo
una babosa, pegajoso, leche agria
cerveza y vómito negro, rencor y cólera

si aún navega en sus labios el sabor de mi boca

sus pelos en mi boca, la arcada al fondo de mi
garganta
y esa otra boca, la pistola

abre la boca mierda

entre mis piernas, saliéndose y metiéndose,
¡por qué no me matas de una vez!

cada chica que pase con un libro en la mano
me traerá tu nombre como aquel verano

¿su nombre?, ¿para qué?
era suboficial o teniente o no sé qué
porque ordenaba, les dijo, *háganlo rápido
como yo y no se ensucien demasiado*
entonces pasaron uno por uno, dos, tres
no más, por favor, no, no, déjenme morir
cuatro cinco seis
ya no, Dios, ya no, ya no
siete
estaba completamente muerta, muerta, muerta,
ocho

fuiste mía un verano

ocho, fueron ocho

perra, ladra

solamente un verano

pero el olor lo tengo aquí
zumba en mi cabeza como rastrillo de metralla

qué asco

yo no olvido la playa ni aquel viejo café

nunca jamás, esos ojos
su huella me vuelve loca

ni tu voz ni tus pasos
se alejarán de mí.

Una rosa es una rosa es una rosa

Tiran y barren los despojos
el sabor del piso en la lengua
la sensación de los cables en las ingles

de nuevo abalanzada sobre el catre
y esta vez ella es la tirada
la violada
ella es el guante de plástico que cubre el escozor

—recuerda antojadiza y pequeña rosa que tú
estuviste aquí y no allí— dicen

humedece la lengua una vez más
el piso y el temblor en las manos:

la perversidad.

Atroz como la noche y el hueco de la Gran
Noche
obligada a mirar hacia ese mundo
donde el poder juega su dolor

una y otra
como ninguna, como todas.

La rosa desata sus espinas
inofensivas
por última vez

un capullo de acero.

Buenas noches, señora Indiferencia

Mira cómo se aleja el mar, mira,
y la espuma de las olas revienta cada vez más
sucía

miro al espejo y ya no puedo sentir nada:
ni asco / ni autocompasión.

las cosas son serias y deberían estar atravesadas
por agujas

como yo

me tomo una taza de café
y dos lexotanes
y dos urbadanes
y dos actifeds
y me vuelvo a tirar sobre las sábanas
me acurruco entre las frazadas
para no escuchar ni sentir

y quisiera apagar la luz
clic
para siempre.

dos



cuidado
orden de disparar



todo lo sólido se desvanece en el aire

Añoranza de la familia

Lo peor de todo es un domingo con sol.
Sol y yo solas en la cama.
La TV invadiendo nuestra soledad.
Lo peor de todo es cuando te vas.
Cuando te vas un domingo con sol.
Sol te sonrío. Tú le dices adiós.
Con una mano me haces adiós.
Veo al vecino jugando con su hijo.
Los dos ríen. La pelota da botes.
Tú tienes tus hijos.
Yo tengo a Sol.
Lo peor de todo es un domingo sin Sol.
Esos domingos extraños. Blancos y perversos.
Sería maravilloso, si tus hijos y mi Sol, corrieran
Detrás de una pelota que da botes.
Y todos sonreiríamos.
Tu madre. Mi madre. Los niños.
Tú y yo tomados de la mano
Un maravilloso domingo con sol.

Cementerio de polillas

Las mato
varias por noche
llevan la piel tatuada
colores bronceados y ocres
pasarían inadvertidas
pero se meten en la lámpara
se pegan a la pantalla del televisor
empiezan sus ruidos molestos
y me desesperan
alteran mi paz
me crispan los nervios

y en las mañanas
debo tener cuidado
con los cuerpos endurecidos
replegados
des he chos

en mi cuarto sola yo
y mis polillas muertas.

Pobreza

Edith Södergran murió en Rodzino, pobre
y tuberculosa, sus versos
hablan del poder y de la fuerza.

Acá, en esta ciudad sin color definido, estoy yo
Sobreviviendo.

Sé que hay otros más pobres, se sumergen
bajo la línea de la pobreza
—pobreza extrema: he ahí nuestro enemigo—
y he saldado mis cuentas: sólo debo
el colegio de la niña y todas las cosas que me
negué
a mí misma: un cine a solas, un periódico del
domingo,
y, ¿por qué no?, ese vestido de flores.

Las personas se separan por el dinero
y también buscan entre los residuos
aunque sea una moneda.
¡Monedas, vengan a mí!

Esto es una burla.
La balanza de pagos y la balanza de deudas.

El horror es cruel.

No hay dinero para comprar una vela roja en
Navidad
pero los peruanitos consumen lavadoras y
juguetes
a crédito, nadie imagina
que un día todo este opíparo encadenamiento
hará crack.

Oscurece en el vientre de esta ballena.

Todos en fila — una amplia sonrisa para la foto —
caminan hacia el desfiladero: primero
las mujeres y los niños.

He pagado el teléfono, pero todavía faltan tantas
monedas
para llegar al fin de mes.

¡Que el fin de mes no te sorprenda!

Recicla tu basura, vende todos esos libros
guarda las colchas con pelotas de naftalina.
Un billete hoy día, la soledad del peso de las
horas,
un hombre indiferente junto a la que soy.

Y al cabo nada os debo; debéisme cuanto he escrito.

Pobreza: ¿es o me parece un nombre de mujer?

Tiempos de carencia

Domingo. Despierto con el ruido del mar
golpeando la pared del acantilado
tengo el libro de Eliot sobre las piernas
al frente, en la cuna, la niña infla los cachetes y
parece
que va a pronunciar la magnífica palabra.

Pero sólo gime y solloza. La llamo por su nombre
ella restriega sus ojos con las manos regordetas
y desde mis piernas la extraña sonrisa de Mr.
Thomas Stearn
es una censura
una amenaza

la niña lanza un grito
aprieta los dientes, las encías enrojecen
y yo apaciblemente sentada sobre una manta
me convierto en la voyeur de ese placer.

Puja, hija mía, puja
esperemos con los dedos entrelazados
la sentencia.

Mr. Thomas Stearn partido en dos por la solapa
del libro
me mira fijamente
el iris claro típico de los perversos
y la sonrisa de los bancarios, agestada.

Dime algo, por qué no me dices nada. Habla

y sigue pujando hasta que puedas contar

tus excrementos o tus muertos
no se sabe cuántos son ya, mantienen
un sabor misterioso que sólo se siente
en el fondo del paladar.

Las plazas se llenan de visiones y de sombras,
ojeras
tras ojeras en las colas por un kilo de azúcar
una miga de pan.

Todos estamos aquí con nuestras manos
lacradas.

Extiende una vez más esas manos. Implora.
Reza.

Yo abro las piernas y dejo
que él forniche sobre mí como un cerdo
como un cerdo rosado
—frota tu sucio placer, ¡frótamelo!—
por un kilo de azúcar
una lata de leche.

Puja, hija mía, puja
es lo único que me interesa, eso
y rayar esta hoja en blanco,

el olor de amoníaco en la batea
y la mitad de un pollo muerto.

Piojos

Me saco los piojos a las dos de la mañana
mi bata blanca se mancha de estrellas negras

sobre la silla del comedor veo un mandil
recuerdo:
una niña llena de llagas, asmática, en la puerta
del colegio
esperando para siempre a su papá

me dicen que ta ta ta tan: eres una mujer de éxito
— ¿sí?, ¿de verdad?, no lo creo —
quiero que salgas en el *who's who*
vanidosa comento que quizás eleve mi
autoestima

(es un chiste estúpido
por la noche tengo que bañarme
para dejar de llorar)

me equivoco
esos son los grandes pecados
una piojosa sale en *The Perú Report*
¡te envidio! — me dicen las chiquillas
las miro con compasión

hablo y engullo comida, los críticos literarios
escriben sobre la voz operística que lamenta su
gordura
y no saben qué hay detrás de cada gramo de
grasa

trabajo como todas, como todas me levanto

y lloro como todas alguna vez lo han hecho
como todas alguna vez lo dejaron de hacer

me saco los piojos
me rasco los sobacos
y me miro en el espejo con el vaho del baño
adherido como carca

— ¡cochina! —
— deja de ser dramática —

los rituales repetidos, quizás otras
lloren por el hambre o por el cuerpo en
descomposición
es absurda la frivolidad de este sufrimiento, lo
sé,
estudio el sistema sexo-género
la ciudadanía y la individuación
pero más allá de mi razón
algo supura

es el moho, la carne podrida, corroída
está adentro
la cociné con paciencia
con cada error
(hay tantos nombres propios)
torpezas que escondo como los piojos
y por más que rastrillo mi cuerpo centímetro a
centímetro
no encuentro aparentemente nada
nada de nada

pero están ahí, ahí están aunque no los vea
todos se esconden en esas zonas oscuras

me arden me pican me vuelven loca.

Confesiones a un ingeniero mecánico

Cada mañana al despertar hay una imagen que inevitablemente vuelve sobre mí, ingeniero una imagen que aún no puedo mencionar

porque desde acá ya no tengo nada que perder ni que ganar.

Las vidas de las personas son gigantescos planos paralelos de pronto se acercan peligrosamente las órbitas de Marte y de la Tierra un instante un minuto un par de horas y la energía de Marte sobre la Tierra deja su huella.

Los seres humanos alrededor ni siquiera se dan cuenta pero hay una diferencia casi imperceptible en las comisuras de una leve sonrisa.

Le echo la culpa al paisaje seco, a las piedras cargadas de memoria, a lo que significa ahora Ayacucho en la historia del país

la densidad de los lugares sagrados que nos tocan con la daga de su pesadumbre para devolvernos humanidad.

Y en medio de todos esos cruces saco de adentro lo podrido y corroído para exponerlo a la cura del sol.

La Tierra proyecta su cono infinito y azul.

Un rayo solar cruza las persianas de esta casa y cae sobre el manso cuerpo de mi niña, dormida, apacible de espaldas a ese dolor acumulado tras tantos años.

Debería recordar a los muertos, a los héroes, con rabia a los asesinos, debería escribir una protesta con las manos hechas un puño pero sólo lo recuerdo a Ud., con esa imagen obsesiva.

Y no siento vergüenza, ni remordimiento ni una pizca de culpa, ingeniero, todo lo contrario el chorro de palabras sale borboteando y yo sonrío feliz.

Confieso que ese otro poema no lo escribí para Ud., sólo fue una táctica, una estrategia, una llamada desesperada. Es extraño como algunas palabras pueden ocasionar mareas y terremotos o tal vez absolutamente nada: miedo a veces y temor.

Los juegos de la seducción conllevan su riesgo, aún ahora a mis cuarenta años cuando debería estar buscando la sabiduría en vez del amor.

Ay, ingeniero, por qué seguir

haciendo más confesiones

(a pesar de la dulzura de este paisaje de remanso
debajo convulsiona el peligro de la vida.)

Una mujer con un polo negro
sobre un hombre con un polo lacre
moviéndose y gozando. Podría
congelar esa imagen, detenerla, ponerla en
secuencia al infinito
y seguir disfrutando de su contemplación o su
recuerdo.

No importa que la Tierra no deje rastros de su
locura
azul sobre el planeta rojo
el peligro de colisión fue parte de lo excitante
y hoy cada cual anda por el tiempo
dentro de su propia órbita.

Gozar y moverse, gozar y moverse, gozar
y moverse: a eso debería estar resumida
la historia de la eternidad.

tres

no detenerse
orden de disparar



por la calle nadie revela jamás la pena que le
roea la vida

Un muerto a la orilla del río

Las mujeres intentaron cargarlo y llevarlo fuera
del agua
pero el cuerpo hinchado se resistía a ser
sacudido.

Los perros empezaron a olfatear.

El muerto seguía bien muerto: los ojos
enturbiados por el golpe del destino,
el pelo apelmazado,
las botas inundadas,
la carne blanca y transparente,
el olor picante al fondo del paladar.

¡Qué mala suerte para Ud. encontrar un muerto
en el camino! — me dijeron,

regresé a mojarme las manos en el río
el agua se empozaba en un recodo de piedras
pulidas
y transcurría hacia mi derecha,
acompañadamente,
el sol de octubre brillaba intenso en ese mediodía
de lejos el olor de los eucaliptos perfumaba al
viento.

Mala suerte, un muerto — me dije

y continué bordeando el río hasta regresar a casa.

Impios

—Estoy casada— dijo
y él apartó los cigarrillos de la mesa
se acomodó los lentes
y una sonrisa explotó en su cara
risita nerviosa

mientras tanto

los soldados invadían la ciudad
destrozando calles, casas, plazas,
puentes

gritando: mueran malditos
terroristas

y la risita se convirtió en carcajada
y los dos agarrados de la mano emergían de la
batalla
como si se elevaran sobre la neblina
hermosa neblinilla lluvia negra de muerte y
destrozos
agarrados de la mano —siempre—
y antes de morir en la boca
el nombre de Dios.

La hora del cuervo
(Edgar Allan Poe)

Un encaje de luz y de sombras
una ciudad muerta a orillas de la noche
dos cabezas negras durmiendo sobre los mismos
sueños
de espaldas, uno a otro,
el canto de un gallo por tercera vez.

Eso es lo que tengo
a esta hora
una mano que acierta sobre la línea entre
penumbras
y ni siquiera una lágrima que asoma.

El amanecer es lento.
La ciudad parece detenida
apenas una luz hacia el extremo sur
me advierte que en esta soledad
no estoy tan sola.

Es la hora azul.
El mismo color de la locura.

Una sombra en la azotea desaparece
ante el primer rayo de sol
son el mal y el pecado que huyen
para luego asaltarme por la espalda.

El día clarea las sombras más oscuras
la niebla disipa los contornos
y el paisaje es un cuento de fantasmas

en cualquier momento puede aparecer un cuervo
que me susurre con demencia *nevermore*.

El tabaco calma
(Pero no tanto)

para Alberto Simons SJ

Se olvida a Dios en la interminable obsesión
cotidiana por sobrevivir, en los semáforos, en las
aceras sucias de la lluvia de anoche, cuando se
aprieta el puño contra una pared, se olvida a
Dios a las tres de la mañana, a punto de retomar
el asco, al borde del vómito, en los chismes de la
mesa de centro, en las sonrisas sospechosas, en
una canción rapeada sin sentido, corazones rojos,
nada quiero ver delante de mí sino la mirada
cenital del-que-no-me-olvida

la alegría se disfraza, el universo se centra en un
solo punto de plomo adherido al silencio

el silencio es la única experiencia posible

lo que no se dice: la forma pura de entrar en el
Otro y el Otro como la visión oculta de tu fuerza
hacia adentro, corre corre que el pasado nos
alcanza, el cuerpo explota en chispas que
iluminan con un vago fulgor la silla eléctrica, el
asesino después de reventar con un suspiro en la
garganta probó

la dulzura de Dios

perdonado mientras las cadenas de cuero aún
permanecían en sus brazos *¡No mueras, te amo
tanto!* y ya estaba sudando los calores del
infierno

un bosque de ramas no me dice nada más que esa sonrisa sospechosa: la niña de doce años, pulcra, soltó la mochila primero y fue tras ella desde el décimo piso; en el último instante la cara de su padre apareció en el vértigo y una lágrima apuntó directamente a su corazón dos mil veces perforado por ese rostro inalterable y en el golpe quedó tatuado para siempre

mi fuerza hacia dentro se mimetiza con el sonido seco de su vientre contra la tierra

el silencio el silencio el silencio

prendo un cigarrillo y me arrastro por el húmedo cemento.

Los muertos huelen en la parte más profunda del paladar

Una ciudad bañada por el mar es una ciudad privilegiada.

Eso se suele decir en los manuales de turismo. Pero la prisionera-de-sí-misma odia esta ciudad: es un pueblo de asmáticos, de olor a mar revuelto, peces varados en la orilla, basura que se va acumulando con los días en los rincones y con los días va anegando todo con un olor a muerto.

Los muertos huelen en la parte más profunda del paladar.

Los muertos de esta ciudad forman una línea que lleva kilómetros y que se extiende como un desierto. En el desierto que circunda esta ciudad no hay un solo mensaje. Los niños no juegan. Los ancianos caen en las pistas y nadie se atreve a recogerlos. Los comerciantes pintan las paredes de toda la ciudad para engañar a los niños y a los ancianos, para inventar la prosperidad.

A la prisionera-de-sí-misma no le importa ni la prosperidad ni la miseria. No pone mucha atención a nada. Hojea las revistas y envidia a las modelos de cuerpos esbeltos, de pechos amplios. Compra carteras, faldas, zapatos de taco, zapatos sin taco, compra lápices cuando no tiene dinero para comprar. Compra para sonreír pero no para tener. No le importa acumular objetos, lo único que busca es una sonrisa entre los probadores de un centro comercial. Porque los que quieren huir de esa ciudad y no pueden sólo compran para sonreír. Escuchan música también para sonreír. Cualquier cosa para poder sonreír un poco.

Los muertos huelen en la parte más profunda del paladar.

La prisionera-de-sí-misma suele caminar por la calle con lentes de sol de color amarillo-naranja y piensa que la ciudad mejora con ese color reposando sus ojos turbios. No mira las esquinas, no saca la mano en los semáforos, no golpea a los transeúntes. Se coloca los lentes amarillo-naranja sobre los ojos y todo empieza a mejorar. Saca el tubo de ventolín de la cartera, lo aprieta dos veces sobre su boca y los pulmones empiezan a recobrar su función. Un par de pastillas rosadas y las cosas van en alza. Un trago, una cita, un beso furtivo, algo de sexo rápido y la ciudad empieza a despejarse.

La bruma se disipa.

Los colores de las luces en la noche cobran dimensiones inexplicables. Las bombillas rojas, el neón lila de las discotecas, el aire denso, los anuncios de las tiendas.

Pero el olor sigue ahí, ahí, en el fondo del paladar.



**no piense
orden de disparar**

cuatro



unos cuantos piquetitos

Carta de sujeción (laberinto)



Canción del soldado desconocido

El miedo me golpea
como a un prisionero su verdugo

con los ojos vendados
una y otra vez
debajo de las rodillas
en la manzana de Adán
en la mentira que aguanto como un trozo
de comida entre los labios
en esa languidez
de mi esófago a estas horas

hay algo
algo muy adentro que no se arregla
un desperfecto químico
una supuración que brota
después de muchos años
como una lágrima de acero
afilada
cortando todo a su paso

la soledad y la calma no son buenas amigas:
he perdido a los amigos, a los buenos y a los
malos, ahora
este hombre agujereado que soy
esconde bajo muchas capas
sus desperfectos

la locura brota como agua limpia
nos engaña
mañana puede regresar
y quién no tiene miedo

al tirar la patada en la puerta
cuando el teniente gritó
acaso tienes miedo carajo
y empujamos la granada

y quién no tiene miedo

cantamos
pero las canciones mienten

canten carajo si tienen miedo

cantamos
somos libres seámoslo siempre
siempre siempre siempre

ninguna canción es sincera
menos la que tú tarareas
ni siquiera esa:
bailabas frente al espejo como la Muerte
desnuda mirándote sin culpa

todos somos culpables y todos somos inocentes
seámoslo siempre

he dibujado un corazón muy grande y muy rojo
en mi pecho
para evitar problemas a la hora
del fusilamiento
es tan grande que incluso tapa mi fuerza
pero no los desperfectos que alumbras con esa
vela

una luz intermitente
pasa sobre mi boca anunciando un bombardeo
hemos recuperado los últimos puestos de
combate

los soldados ríen felices mientras reciben las
balas y los morteros,
sus madres sonríen ante las cámaras mientras
esos cuerpos
son despedazados por las esquirlas

la herida supura de vez en cuando
PADRE PATRIA GUERRA
palabras sólo palabras
una costra que no deja huella
dime tú
qué puedo alcanzar con ellas

¡¡¡qué puedo alcanzar con ellas!!!

Nada que signifique la gloria.

Nunca seremos héroes (ni heroínas)

Manchas oscuras
sobre estas sombras diminutas
que somos

el movimiento pendular
preparándonos para huir

huelo mis dedos
las líneas de mis manos
sus montes y carencias
dices oler a vainilla
y otros olores indescriptibles
frutas, quizás

me envuelvo en frazadas
adormecida
silbas al salir
y yo desnuda adentro
estos lunares rojos
estos lunares de sangre
me palpo me toco y me magullo
sola entre la gente

aguanto

fuego de nuevo, fuego
que hilvana y una niebla
que baja en silencio
es un signo:
la derrota

envuelta en un manto negro
deambulo por las plazas

y el agua maldita
me alcanza
corre detrás de mí

te persigo
piso con torpeza
y me da vergüenza mi vergüenza
porque caemos
y hacemos el ridículo

jamás serás un héroe ni yo una heroína

te lo he dicho
la violencia no es un suspiro

prefiero la visión falseada del recuerdo
la locura empieza me acorrala
los ojos de lince

quebrémonos

así no somos
héroes jamás, jamás, me escuchas
jamás

sólo atino a persignarme y sentir sobre mi nuca
las lenguas de la calle

púrpura como un hábito
púrpura y negro así portan los cruzados
sus estandartes
y a falta de espacio vomitan
dentro de sus propias armaduras

devuelto todo nada somos
pero yo te salvé, recuérdalo

ahora es tarde, hace rato
embarrados...
es tarde, es tarde...

Las hijas del terror

(el sonido balbuceante de lo que recién empieza)

¿El lugar de los traidores?

Está ahí:
antes de la primera arcada,
antes del origen
incluso — digamos — en el preciso momento
de la concepción
mezclando sus repugnantes
fluidos
para que aparezcas tú:

DESDICHADA

el destino revienta al primer resplandor del
esperma
el olor del huevo fecundo

y ese gemido preciso al momento del embarazo
como si se tratara de la extracción al vacío
de un vello superfluo

acá está lo tan esperado, papá — grita
un precioso bocado de tu propia carne
me arrancho el trozo y te lo devuelvo

y no me vuelvas a llamar bastarda

come de mi carne

para qué la construcción del engendro sino para
ir

pro-gre-si-va-men-te
arrancándolo a trozos
con el escalpelo de la culpa

lo hundes con una furia que si te vieras

qué rabia qué fuerza qué resentimiento

con tinta negra marcas el pie izquierdo
y la huella del error

¿deseas el pedazo junto a mi corazón?

ah, no... ese no, ése lo he reservado
para los que vienen
adelante y construyen la

NACIÓN

te doy este otro pedazo de la muñeca
lo sé, anda un poco morado, pútrido, ulcerado
antes de ofrecértelo intenté
matarlo
le di le di le di de alma

había tanta belleza adentro

(para qué la belleza
es la utopía que vuela de las manos
mientras la memoria en vano intenta
perseguirla)

llevo la mancha de tinta en la muñeca
esa es la belleza que me resta:

un tatuaje del dolor:

*ya no más, ya no más por favor,
no apagues la luz, deja eso,
no, no lo hagas,
ya no quiero, no me obligues
me duele, no me trates así*

por qué mantener la inocencia pública
de los que tanto me golpearon

denuncio esa noche en la que se entregaron
a lo más animal de ambos
y surgió esto que ocultan bajo capas de
maquillaje llamadas

HUMANIDAD

si realmente pudiera mostrar mi piel por dentro:
qué ulceraciones, qué trozos cancerígenos, que
coágulos de sebo

soy un monstruo
tu *creatura*.

Tema de amor y premonición (huayno)

Yo pertenezco a un pueblo que se niega a bajar la
cabeza
doblegado hasta la lengua en el suelo
vuelve a levantarse, a sudar, a subir hasta la
última escalera

yo pertenezco a un pueblo que lava su bandera
y canta sus vientos y toca sus cuerdas finas
que sabe reconocer sus mentiras

mi pueblo es un pueblo de fruta y hierba luisa
de hogueras y niños saltando encima
y manos cuarteadas que reclaman dignidad

la gente de mi pueblo sabe abrir la puerta,
y emprender el paso delantero
y retroceder para atacar con fuerza.

Salida

**¿nunca termina la guerra
para los hijos del terror?**



Mixes y samplers

Gustavo Cerati
Sergio Ramírez
Friedrich Nietzsche
Cesare Pavese
Frida Kahlo
Antonio Machado
T.S. Eliot
Karl Marx
Edgar Allan Poe
César Vallejo
Henri Michaux
David Bowie en versión de Federico Moura
Leonardo Favio
Gertrude Stein
Los Prisioneros
Pedro Cornejo
Georges Bizet
Radio Futura
y algún otro.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todas las personas que
hicieron posible este libro
a Jorge Ochoa, Nelly Plaza, Jorge Miyagui,
Giancarlo Tejeda, la gente de SER en Ayacucho
y en Lima, por las ilustraciones
a Sandro Venturo y Natalia Iguíñez por
permitirme acompañarlos a recorrer el campo
ayacuchano,

y en especial a Giorgina Gamboa,
por su lucha que es inspiración constante para
las mujeres del Perú.